

El camino de Matilde

Francisco Leal Quevedo

Ilustraciones de Andrezzinho



loqueleg®

*A mis hijos, Amalia y Santiago,
compañeros de mis viajes reales y virtuales.*

*Con mis agradecimientos a
Ana Cristina Robledo, cuyas valiosas
sugerencias enriquecieron el texto.*

Tenemos que hablar

Me llamo Matilde y quiero que ustedes sean mis amigos y conozcan las aventuras de mi viaje hacia la gran ciudad desconocida. Tengo los ojos bien abiertos porque al igual que las palomas debo ver el camino que recorro para poder regresar luego al antiguo nido.

9

Desde que me acuerdo había vivido allí, cerca del gran río. Mi casa quedaba encima de una pequeña colina, la única en medio de una inmensa llanura, como si fuera el ombligo de toda esa comarca. Desde mi ventana podía ver la extensa sabana, hasta donde la vista se pierde. Cada día, en la madrugada, cuando comenzaba a salir el sol, los primeros

rayos eran rojos y parecía que toda la planicie se incendiaba. Eran unos pocos minutos de llamas de luz sobre la pradera.

10 Mi vida marchaba muy bien. Estaba feliz con mi familia, mis amigos, mi casa, mis animales y mi amanecer en la llanura, pero un día todo cambió, al principio para mal.

Una noche, después de la cena, Moncho dijo que no me fuera a mi cuarto todavía pues teníamos que hablar. Mi mamá me



miraba en silencio. Me imaginé muchas cosas: que de pronto la profesora había dado malos informes, pues a ratos la hago rabiar, o que alguno de mis abuelitos había muerto. Sabía que algo había detrás de esa solemnidad pues estaban muy misteriosos. Mi papá no sabía por dónde empezar. Al fin dijo:

11

—Debemos irnos a vivir a la gran ciudad si queremos que Alibel vuelva a caminar, pues es posible un tratamiento nuevo en un gran hospital.

Mi madre había sido mi mejor compañía, pasábamos horas hablando e íbamos juntas para todos lados hasta hacía seis meses, cuando empezó a perder fuerza en las piernas y un día ya no pudo volver a caminar. Entonces mis padres fueron a la ciudad a consultar a varios médicos, y a pesar de muchos tratamientos no mejoró. Ahora iba siempre en una silla de ruedas y no habíamos podido

volver a nadar en el ancho río que pasa cerca de la casa ni ir de paseo a caballo por las vaquerías.

12 Me dio mucha tristeza pensar que tendría que dejar mis amigos, la casa, la llanura y algunas de mis mascotas. No sabía qué decir. Por un momento pensé que iba a llorar, pero las lágrimas se quedaron apenas mojando mis ojos.

Al verme tan callada, Moncho siguió hablando:

—Nos vamos a una casita preciosa.

—No creo que sea más bonita que esta. Además no quiero dejar a mis mascotas —les dije. Sentí que yo también tenía mis derechos.

—Pues las llevaremos, si tú quieres...

—¿Todas?

—Todas las que podamos.

—¿Y mis amigos?

Entonces Moncho y Alibel se quedaron callados un rato. Pues más que las mascotas me preocupaba qué iba a pasar con ellos, con Lupe, Carlitos y Valentín, pues no podía llevármelos y tampoco quería dejarlos. Mi papá estaba en un apuro, se le notaba en la voz.

—Sé que te harán falta. Les puedes escribir. Además, los podrás invitar a visitarnos, con seguridad ellos quieren conocer la ciudad. Y en vacaciones puedes venir a verlos.

13

Bueno, era algo, pero no lo suficiente. Entonces no pude más y salí corriendo escaleras arriba, cerré la puerta y me acosté en mi cama. Quería estar a solas. No sabía qué camino tomar.

Al rato, mi papá vino hasta la puerta y golpeó.

—Matilde, hija, tenemos que hablar.

Por un momento pensé decirle que se fuera, que mañana hablaríamos. Pero como ya

llevaba un rato llamándome le dije que siguiera. Se sentó en mi cama.

—Yo tampoco quiero irme —me dijo—. Hemos estado muy contentos aquí. Pero la salud de tu mamá es más importante que todo lo demás. Cuando Alibel se mejore podremos regresar.

14

Sus palabras lograron tranquilizarme un poco. Aunque estaba de acuerdo en que la salud de mi mamá era lo más importante, no había dejado de dolerme. Yo sabía que la decisión que habían tomado ya no tenía vuelta atrás.

El viaje

En tres días empacamos nuestras cosas y en el camioncito de Moncho, que llamamos “la tartana”,* por vieja y desvencijada, metimos toda la mudanza. Casi no cabía. Al final quedó colgando afuera la jaula de la mirla.*

15

Cuando mi papá encendió el viejo coche para partir, me di cuenta de que el gato Bandido no estaba. Dije que no me iría sin él y me bajé a buscarlo. Hasta fui a donde la señora Anita, que tiene una gata angora* y a la que a veces él iba a visitar. Miré por los tejados. Le

* A lo largo de este libro encontrarás varias palabras marcadas con asterisco, las cuales salen, con su respectiva definición, en la sección “Vocabulario”.

puse un plato con leche para tentarlo. Todo fue inútil. No apareció en toda la mañana. Al final, la mamá de Lupe, quien había tenido quince gatos en su vida, me dijo:

16 —Algunos gatos se enamoran de la casa más que de las personas y se quedan cuando sus dueños se marchan. ¿Te acuerdas de que él ya estaba en la casa desde siempre?

Pero no me di por vencida. Entré de nuevo en la casa vacía y lo busqué por todas partes. No había ni el menor rastro. Al final de la mañana, después de casi cuatro horas de estar buscándolo, no sabía qué hacer pues Moncho y Alibel ya estaban cansados de esperarme.

—Me comprometo a cuidarlo. Con seguridad estará esperándolos aquí cuando regresen.

Con ese ofrecimiento de la mamá de Lupe me resigné a partir sin él. Iba a estar bien sin nosotros, seguiría siendo un gato feliz.



Pensé dejar la cotorra* porque creí que el frío de la altura podría matarla. Pero muchos amigos me habían dicho que la ciudad ya no era tan fría como antes y que podía aclimata-
tarse si los primeros días dormía bien protegida. Ella también estaba impaciente, metida en el camión, y comenzó a decir impertinencias:

—¿Y ahora qué pasa? A mover la colita.

Los cardenales y azulejos se quedaron sin remedio. Parece que gorriones hay en todas partes, pero allá se quedaron para siempre los míos. Y como era imposible traer todas las palomas, Carlitos me prometió que les daría los bordes y las sobras de los pasteles de manzana.

—Entonces come un poco menos o las pobres pasarán hambre.

—Eso es difícil, pero ya tengo la solución. Haré un poco más, especialmente para ellas.

Y se alejó riéndose aunque a ambos se nos pusieron húmedos los ojos.

Gota, en cambio, fue la primera en montarse. Es una perrita faldera e hizo todo el viaje sentada sobre mis piernas. Al principio recorrimos la llanura. Atravesamos una ciudad blanca. Luego tomamos la gran carretera que trepa por las altas montañas. Subíamos casi todo el tiempo y “la tartana” resoplaba como si estuviera ahogándose, creí varias veces que iba a vararse. Entonces Moncho paraba, le destapaba el radiador y salía vapor como si fuera una olla a presión. Pero luego de descansar un rato, el camioncito volvía a luchar contra la montaña. Pasamos por un largo túnel oscuro y al principio me asusté un poco, nunca antes lo había sentido, era como si estuviera en una habitación cerrada, sin puertas ni ventanas y además fría. Alcancé a agarrar a Gota muy fuerte por el susto

que tenía, pero pronto volvimos a la luz de la superficie.

20 A veces bajábamos un poco para cruzar algún río por un puente estrecho. Dejamos atrás muchos pueblitos de casitas de teja y cruzamos montañas y páramos cubiertos de bruma. La curiosidad comenzó a picarme, ¿cómo sería la gran ciudad? Me la imaginaba como un pueblo grande pero multiplicado por mil, con cines, almacenes y muchos parques, y con heladerías de esas de helados muy largos, en conos de rica galleta y cubiertos de chocolate. ¿Sería tan fría como para usar siempre gorro y bufanda? ¿Podría encontrar amigos tan maravillosos como los que tenía en la llanura? ¿Qué otras sorpresas habría? Me entretuve pensando cómo sería mi nueva vida en la gran ciudad.

Y después de muchas horas, cuando ya “la tartana” hacía su esfuerzo final, en lo alto de

la última montaña, al fin la vimos, acostadita sobre una sabana muy plana. Nunca la había imaginado tan grande. La alfombra de luces se extendía hasta donde llegaba mi vista, tocaba unas altas montañas lejanas y se encaramaba sobre ellas. En ese momento aparecían las primeras luces de la noche y unas estrellitas, como chispas, iluminaron el cielo. Desde arriba, antes de comenzar a descender de la montaña, la red de calles parecía una enorme telaraña de luz. Me imaginé que nosotros, en nuestro camioncito, éramos como una mosquita que venía a quedar atrapada en esa malla resplandeciente sin poder liberarse.